

## CONTESTACION AL DISCURSO DE INGRESO

DE RAMON XIRAU

Por *Octavio PAZ*

En un poema que es una burla del insularismo y el provincialismo de su patria, el poeta inglés Charles Tomlinson imagina que hay, en la Luna, "una ciudad de puentes donde todos sus habitantes se dan cuenta de que comparten un privilegio: un puente no existe por sí mismo. Rige espacios vacantes". Nosotros los hispanoamericanos somos menos afortunados que los habitantes de esa ciudad; entre México Tenochtitlán y Buenos Aires hay muchas ciudades; cada una de ellas está separada de las otras no sólo por la inmensidad física sino por la indiferencia y su gemela: la ignorancia. En cuanto a España: nos separa de ella, más que el Atlántico y los siglos, esa suprema forma de ignorancia e indiferencia que se llama olvido. En el interior de cada país y de cada ciudad se repite el fenómeno de la incomunicación. Regiones, clases, generaciones, sexos, individuos: islas, islotes y peñascos perdidos en los mares de la inercia, el desapego, el menosprecio, el rencor. Horizonte de espacios vacantes: los puentes son raros en la América Hispana y en España. Alguna vez José Luis Cuevas llamó a México "el país de la cortina de nopal". La frase puede extenderse al resto de nuestros países. Ciertamente, las cortinas de los otros no son de cactus pero también, como la nuestra, son espinosas.

La situación no es nueva: aquel que quiera tener una idea de lo que fueron las relaciones literarias e intelectuales en un momento de esplendor de nuestra literatura, no tiene sino leer los poemas injuriosos que se intercambiaron Góngora, Quevedo y Lope de Vega. Nuestros grandes autores —con poquísimas excepciones como Cervantes y Rubén Darío— son figuras centrífugas, exclusivistas, polémicas. Unos viven aislados en su cueva devorando los despojos de sus enemigos. Otros son jefes de banda. Cíclopes y caudillos, Polifemos y Tamerlanes. Muchas veces he

lamentado la ausencia de una auténtica tradición crítica entre nosotros, lo mismo en el campo de las letras que en el de la filosofía y la política. La pobreza intelectual de nuestra crítica está en relación inversa a su violencia y ferocidad. La sátira de Quevedo no es menos eficaz, hiriente y cruel que la de Swift y Voltaire, pero es más un desahogo pasional que una pasión intelectual. Quevedo es memorable por la perfección verbal de su furia, no por la profundidad o la verdad de sus ideas. El aislamiento hispánico empieza por ser un defecto moral y termina por ser una falla intelectual. ¿Por qué nuestros filósofos o historiadores de la cultura no han explorado este tema?

Nos hacen falta obras-puentes y hombres-puentes. Nos hace falta un pensamiento crítico que, sin ignorar la individualidad de cada obra y su carácter único e irreductible a las otras, encuentre entre ellas esas relaciones, casi siempre secretas, que constituyen una civilización. Creo apasionadamente en la literatura moderna de nuestra lengua, pero me rehusó a verla como un conjunto de obras aisladas y enemigas. No: Borges no substituye a Reyes, Rulfo no desaloja a Martín Luis Guzmán, Luis Cernuda no destrona a Federico García Lorca, Gabriel García Márquez no borra a Ramón del Valle Inclán. Hace poco, queriendo exaltar a Neruda, un excelente escritor dijo que con él empezaba la literatura hispanoamericana. ¿Por qué crear el desierto en torno a un gran poeta? No es necesario, para afirmar a Neruda, enterrar a Martí, Darío, Lugones, López Velarde, Vallejo, Huidobro.

La historia terrorista de la literatura no es sino una caricatura de la visión terrorista de la historia que hoy envenena a muchos espíritus. Nuestro siglo ha convertido a las ideologías en explicaciones totales del pasado, el presente y el futuro, la eternidad y el instante, el cosmos y sus suburbios. Esas ideologías chorrean sangre. También, a veces, tinta y bilis. Entre los intelectuales y los escritores son máscaras tras las que gesticula el eterno pedante que "acecha lo cimero con la piedra en la mano". Naturalmente, no pretendo que el crítico ignore o disminuya las diferencias y antagonismos entre las obras: ya sabemos que las relaciones realmente significativas no son las relaciones de afinidad sino las de oposición. Pero esas oposiciones se despliegan en el interior de una lengua y una tradición. Los antagonismos forman un sistema de relaciones o, para decirlo con la imagen del comienzo: construyen una arquitectura de puentes.

Este largo preámbulo sólo ha tenido un objeto: subrayar la importancia moral e intelectual de la obra de Ramón Xirau. Esa importancia consiste, ante todo, en que Xirau es un hombre-puente. A semejanza de

esas construcciones prodigiosas de la ingeniería moderna, sus ensayos son un puente que une no a dos sino a varias orillas. En primer término: puente entre sus dos vocaciones más ciertas y profundas, la poesía y la filosofía. Ramón Xirau es un excelente poeta en catalán y, en castellano, un luminoso crítico de poesía. El crítico se alimenta de las intuiciones y visiones del poeta; a su vez, el poeta se hace, deshace y rehace en las reflexiones del pensar filosófico. La obra de Xirau filósofo sustenta la obra de Xirau poeta que, por su parte, inspira la obra de Xirau crítico. Confluencia de tres direcciones de la sensibilidad y del espíritu. La crítica de Xirau es el puente entre la poesía y la filosofía, esas dos hermanas que, según Heidegger, viven en casas contiguas y que no cesan de abrazarse y de querellarse. Dos hermanas por las que no pasan los años y que desde el principio del principio están enamoradas del mismo objeto. Un objeto elusivo y alusivo, que continuamente cambia de forma y de nombre. Un objeto que es siempre el mismo.

Puente entre poesía y filosofía, la obra de Ramón Xirau también comunica a dos idiomas: el catalán y el castellano. Nuestra cultura será siempre una cultura mutilada si olvida al portugués y al catalán. El primero nos une, simultáneamente, con Gil Vicente y con Machado de Asís, con Pessoa y con Guimaraes Rosa. El segundo con Ausias March y Maragall. Dos idiomas y dos tierras: México y Cataluña. Nuestro país de montañas y altiplanos vive cara a las constelaciones y da la espalda al mar; Cataluña, en cambio, es la región marítima por excelencia, la más mediterránea, liberal, cortés y civil —para no decir civilizada— de las Españas. En Cataluña estuvo a punto de nacer —mejor dicho: nació pero fue estrangulada por el centralismo, el dogmatismo y el absolutismo— una versión distinta de la civilización hispánica. Una versión más moderna: liberal, burguesa, tolerante, democrática. En Cataluña y su cultura hay unas semillas de libertad y de crítica que debemos todos, mexicanos e hispanoamericanos, rescatar y defender. Ramón Xirau es hombre-puente, entre otras cosas, por ser un liberal catalán de México.

La filosofía y la poesía, Cataluña y México: he nombrado algunas orillas. Debo mencionar otras: el pensamiento de Xirau es un puente entre diversas generaciones poéticas —modernismo y postmodernismo, vanguardia y poesía contemporánea— y entre obras y personalidades opuestas o distantes: Sor Juana Inés de la Cruz y Xavier Villaurrutia, Vicente Huidobro y José Gorostiza, los poetas "concretos" del Brasil y Marco Antonio Montes de Oca y José Emilio Pacheco, Carlos Pellicer y Federico García Lorca. La conferencia de esta noche es un notable ejemplo de su hermosa capacidad para descubrir, en las diferencias, las

afinidades y para construir, con las afinidades, puentes conceptuales por los que el espíritu puede transitar sin despeñarse. Incluso podemos reclinarnos sobre el pretil y contemplar el vertiginoso paisaje que huye. El paisaje es fugitivo porque está hecho de tiempo; palabras y frases que se asocian y disocian, pasan, desaparecen, reaparecen. Lo que vemos desde el puente es un fluir verbal que refleja este mundo y otros vistos o imaginados por el poeta. Mundos en perpetua rotación: ¿cómo no ver que el paisaje poético está más cerca de la astronomía que de la geografía y más cerca de la música que de la astronomía? La visión desde el puente se resuelve en concierto: los acuerdos son acordes.

Sería presuntuoso tratar de hacer un comentario crítico de lo que Ramón Xirau ha dicho esta noche sobre Enrique González Martínez, José Juan Tablada y Alfonso Reyes. Ha iluminado un paisaje y nos ha mostrado aquello que no aparece a primera vista y que es misión del crítico descubrir: la sintaxis secreta, las articulaciones y ramificaciones, toda esa geografía oculta sobre la que se inserta el paisaje visible. Mi asentimiento es casi total, mínimas mis discrepancias. Ciertamente, para mí la "modernidad" —una palabra que, como si fuese mercurio, se nos escapa cada vez que intentamos definirla— abarca toda la era moderna, desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días. Llamo "vanguardia" a lo que Xirau llama "modernidad", es decir, al período que se inicia un poco antes de la primera guerra mundial y ahora expira ante nosotros. Tampoco estoy muy seguro de que Enrique González Martínez no haya sido siempre "modernista". González Martínez otorgó una conciencia más ética que estética —dice con acierto Xirau— al "modernismo" mexicano, le dio gravedad espiritual, lo hizo meditativo y contemplativo, pero no alteró su lenguaje ni cambió lo que podríamos llamar su sintaxis simbólica. Cambió, sí, los símbolos: el buho en lugar del cisne; dejó intacto el sistema y sus emblemas. Xirau pasa tal vez demasiado de prisa sobre un problema apasionante —aunque, es verdad, rebasa la crítica poética propiamente dicha: las relaciones de los tres poetas con el "ancien régime" y con la Revolución Mexicana. A pesar de que este tema se aleja un poco de la perspectiva de Ramón Xirau, me gustaría que él —o algún otro— lo abordase.

Quisiera ahora trazar, por mi parte, otro puente hacia Ramón Xirau. Un puente de amistad, reconocimiento y admiración al poeta y al crítico. En una sola persona dos dones diferentes: saber componer una estrofa y saber oírla. Como dice el poema sánscrito: "es rara la unión de dos virtudes en una sola sustancia —una clase de piedra produce oro, otra sirve para probarlo".